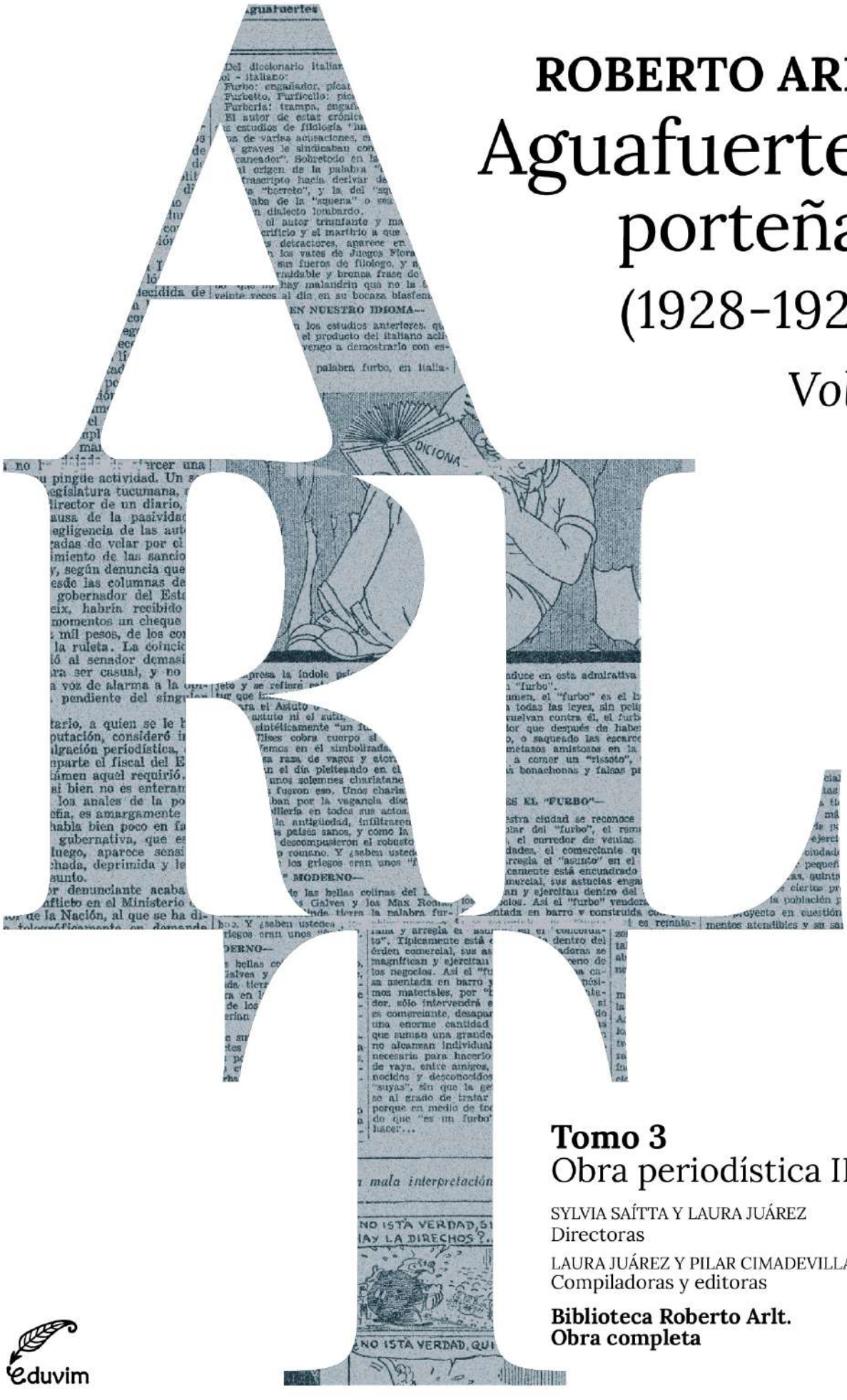

ROBERTO ARLT
Aguafuertes porteñas
(1928-1929)
Vol. 1

Tomo 3
Obra periodística III

SYLVIA SAÍTTA Y LAURA JUÁREZ
Directoras

LAURA JUÁREZ Y PILAR CIMADEVILLA
Compiladoras y editoras

Biblioteca Roberto Arlt.
Obra completa

eduvim

ROBERTO ARLT

Aguafuertes porteñas (1928-1929)

Laura Juárez y Pilar Cimadevilla
Editoras y compiladoras

eduvim

El yerno “esquenun”

El Mundo, 2 de marzo de 1929. “Aguafuertes porteñas”.

Varias y venerables suegras me han escrito diciéndome por qué no me ocupo de esa mala casta de los yernos “esquenunes” que se introducen en las familias, arrebatan a una menor (de corazón, nada más), se casan con ella, y luego se instalan en el hogar de la damnificada, haciéndose mantener por los suegros, que no saben de qué humana forma sacarse el cataplasma de encima.

De ahí que hoy le dedique a este parásito jovial y calzonudo, mis adjetivos retorcidos y mis metáforas atorrantas. Y quedarán satisfechas las suegras, como ayer quedaron encantadas las cuñadas y los yernos. Que hay que hacerles el gusto a todos; que lo que agrada a una mayoría, no perjudica a ninguno. (Pero estoy macaneando).

El yerno “esquenun”

Cuando estaba de novio, dijo que le iban a conseguir un empleo.

No trabajó nunca. Ni de mocito ni de mayor. Lo persigue la desgracia; esa fatalidad que se ensaña con los reos superiores. Quise decir, con los grandes hombres, aunque los grandes hombres fueron unos reos de marca mayor. Y si no léanse *La vidas paralelas*, de Plutarco, y *Vidas de los doce Césares*, de Suetonio.

Bueno; él, cuando estaba de novio, dijo que le iban a conseguir un empleo.

En tanto, todo el trabajo de este vago era rasurarse, poner los pantalanes bajo el colchón, levantarse a las doce, darse unos fomentos para conservar el físico y, al atardecer, reunirse con la barra en la esquina. Y pare de contar. Luego, después de cenado, se encaminaba para lo de la novia.

La damnificada

Los padres le decían a la menor:

–Mirá que ese hombre es un vago; mirá que ese hombre nunca trabajó; mirá que te va hacer pasar las de Caín.

¡Trátela de convencer usted a una menor que está metida! Es más fácil hacerle beber a un burro que no tiene sed, que convencer a una mocita de que el novio es un perdulario, y de que no le conviene como marido.

Y los viejos insistían:

–Mirá; no es mal hombre, no decimos eso, ¡no!, sino te decimos que es un vago, que ni gratis lo van querer en ninguna parte.
–Pero, convénzala usted a una menor que está metida.

Ella solo veía de él los ojos, los dientes brillando en la oscuridad, y sus oídos solo recordaban las palabras que le dijera, y un verso; uno de esos versos que aparecen en la sección sociales del diario de la parroquia.

Y al final se casaron. La vieja enjugaba una lágrima, y los padres del botarate, se decían restregándose las manos: ¡Por fin nos hemos sacado de encima a este cataplasma!

La tragedia

Los desalojaron del nido (el nido era una pieza rantifusa), y fatalmente cayeron a vivir en lo de la familia de ella. Los viejos aumentaron de capacidad torácica al verlos aparecer con el "bagayo" estilo Chippendale (juego de dormitorio 220, con opción al

comedor 330), largaron un suspiro, capaz de mover la rueda de un molino, y les "prestaron" la pieza, "por unos días, nada más".

Y la vieja empezó:

–¿No te lo decía yo? ¿No te decía que ese hombre era un vago, que ni sabe ganarse el pan para él?

–Pero mamá; si le van a conseguir el empleo. Es cuestión de días...

La cuestión de días

La cuestión de días se convirtió en cuestión de años. El yerno, que cuando novio era un retobado y amenazaba con un crimen pasional a ocho columnas, se amansó; comenzó por pacificar a la vieja, por darle la razón al damnificado y dedicarse a las labores domésticas.

Este es el tío que, cuando se quema un fusible, dice:

–Si yo no estaba en casa ocurre un incendio.

Este es el que dice, cuando se desencuaderna una silla:

–¡Gracias a Dios que yo estaba para componerla si no el sillero les llevaba un ojo de la cara!

Este es el que dice, cuando sostiene a la suegra que de casualidad tropezó en un ladrillo del patio:

–Menos mal que estaba yo, porque si no la sostengo, se fractura la base del cráneo y queda en posición decúbito dorsal.

De tal manera que si él no estuviera continuamente en casa, ¡imagínense ustedes las catástrofes que ocurrirían!

Y con tal motivo no sale a la calle.

La menor y él y él y la menor, se levantan a las diez de la mañana. Toman unos mates, él pasea un rato al primogénito, que es la locura de los viejos; le echa agua a las tinas, coloca unos clavos en la cocina, va al gallinero a buscar unos huevos y dice:

–La bataraza está clueca. Este invierno los huevos van a estar caros. Hay que "poner" varias gallinas.

Y los damnificados se acostumbran, lentamente, al parásito casero. Lo tragan primero con bronca, luego con resignación, más tarde con cariño. Comprenden que la "fiaca" es una enfermedad incurable y el nieto es cada día más encantador, la menor está hecha una uva, el ganapán parece que tiene probabilidades serias, ahora, de conseguir el empleo, y los viejos, casi satisfechos, murmuran, a la hora de ir a apolillarla:

–Ma, no e un mal mochacho. Podía haber salido peor, podía...

Y la vieja, casi convencida de la verdad fenomenal que ha enunciado su marido, dice, abriendo los ojos como platos:

–Cierto... podía haber salido peor...